

20 de Abril 2024 - Domingo de Pascua (C)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Había un soldado romano, un centurión, destacado en la ciudad de Cesarea Marítima. Este hombre se llamaba Cornelio. Los Hechos de los Apóstoles lo describen como «devoto y temeroso de Dios» y alguien «respetado por toda la nación judía». También dicen que Cornelio daba limosna generosamente y oraba a Dios constantemente.

Un día, en respuesta a sus oraciones, Dios envió un ángel a Cornelio, quien le dijo: «Tus oraciones y limosnas han ascendido como ofrenda memorial ante Dios. Ahora envía a algunos hombres a Jope y llama a un tal Simón, llamado Pedro...». Cornelio lo hizo. Luego reunió a sus parientes y amigos cercanos, y todos esperaron la llegada de San Pedro.

Mientras todo esto sucedía, San Pedro también tuvo una visión. En ella, comprendió que nadie debía ser llamado «profano o impuro». A San Pedro se le reveló que, de hecho, «Dios no hace acepción de personas. Al contrario, en toda nación, acepta al que le teme y actúa con rectitud».

Esta era una idea totalmente nueva para San Pedro, y de hecho, para todo judío. Esto se debía a que a todos se les había enseñado a mantenerse apartados de los gentiles, es decir, de los que no eran judíos, pero esta nueva revelación significaba que no solo los judíos, sino también los gentiles, serían llamados a la fe en Jesucristo.

Mientras San Pedro se dirigía a la casa de Cornelio, recuerden que aún no estaba seguro de por qué lo había llamado. Así que, al llegar, le preguntó a Cornelio cuál era el motivo. Cornelio le contó a San Pedro sobre la aparición del ángel. Luego dijo: «Ahora estamos todos aquí en la presencia de Dios para escuchar todo lo que el Señor te ha ordenado». Aquí comienza nuestra lectura de los Hechos de los Apóstoles.

San Pedro comenzó contando a todos los presentes lo sucedido con Jesús: cómo nuestro Señor había andado haciendo el bien y sanando a los oprimidos por el diablo; cómo Jesús fue condenado a muerte y cómo resucitó al tercer día, siendo visto por muchos testigos; y cómo Jesús encargó a los apóstoles que predicaran al pueblo y les dijeran que él era el ungido que juzgaría a vivos y muertos.

Finalmente, San Pedro concluyó diciendo: **«El testimonio de los profetas es unánime: que cuantos creen en él reciben, por su medio, el perdón de los pecados»**. Mientras San Pedro aún hablaba, el Espíritu Santo descendió sobre todos los presentes, y todos comenzaron a hablar en lenguas y a glorificar a Dios. San Pedro, al ver que todos creían, ordenó que se bautizaran.

En este punto, nos adentramos en los cristianos judíos de Judea. Al enterarse de todo esto, no entendían por qué San Pedro bautizaba a gente que no eran judíos. Sin embargo, al conocer la visión de San Pedro, ellos también glorificaron a Dios y dijeron: «Dios ha concedido también a los gentiles el arrepentimiento que da vida».

Esta es una historia maravillosa e interesante, pero ¿qué tiene que ver con nosotros hoy? ¿Qué tiene que ver todo esto con la Pascua? La respuesta es: todo.

Es nuestra fe compartida en la Resurrección de Jesucristo lo que nos ha reunido hoy. Es nuestra fe compartida en el testimonio de los apóstoles que declararon haber visto al Señor lo que nos ha reunido aquí. Es nuestra fe compartida en lo que los evangelistas registraron sobre lo que sucedió al tercer día, sobre cómo Jesús, que había muerto, ahora vivía de nuevo; es esa fe compartida la que nos ha traído aquí hoy.

Además, no solo compartimos esta fe entre nosotros, sino también con Cornelio y sus familiares y amigos. Ellos fueron los primeros gentiles convertidos, los primeros no judíos que creían en Cristo, y compartimos esta fe con San Pedro y los demás apóstoles, y con todos los primeros discípulos del Señor.

Nuestra creencia en la divinidad de Jesucristo, nuestra fe en que Él es, de hecho, el Hijo mismo de Dios y Dios mismo, que fue ratificada y aprobada por la resurrección de nuestro Señor al tercer día. Claramente, Él había muerto. Nadie podría haber sobrevivido la brutal tortura y la terrible forma de ejecución a la que fue sometido.

Sin embargo, ahora estaba vivo de nuevo, y este no fue un falso testimonio inventado por sus seguidores. De hecho, fue visto por muchos testigos, no solo por los apóstoles, sino también por muchos otros, incluyendo incluso a los guardias del Templo a quienes los sumos sacerdotes habían ordenado custodiar la tumba (Mt 28:11-15).

La resurrección de nuestro Señor fue el milagro que demostró la veracidad de todas sus enseñanzas y que Él era, de hecho, el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. De hecho, su vida, muerte y resurrección son fundamentales para toda la historia de la humanidad, tanto que hasta el día de hoy, dividimos y fechamos el tiempo desde lo anterior a su nacimiento hasta lo posterior.

Ahora bien, como mínimo, todo esto requiere una cuidadosa reflexión, ¿y qué vemos? En primer lugar, vemos el gran amor que Jesús nos tiene. Por voluntad de su Padre, dio su vida para que fuéramos sanados de nuestros pecados y restaurados a la gracia. Jesús hizo posible que fuéramos salvos para tener una vida eterna, vida que ofrece a todos, judíos y gentiles por igual.

Esta es la buena noticia que todos hemos escuchado y atesoramos en nuestros corazones. Esta es la buena noticia que da un nuevo sentido a la vida. Esta es la buena noticia que da propósito a nuestra existencia terrenal. Explica por qué estamos aquí y por qué fuimos

creados. Fuimos creados por Dios y para Dios. Es su deseo que vivamos en paz y felicidad con Él ... para siempre.

Estas enseñanzas salvadoras de Jesús son las que recordamos cada Pascua. Estas enseñanzas han sido transmitidas por los testigos de la Resurrección de generación en generación hasta nuestros días.

Lo que oyeron de Jesús, lo que Él les enseñó, ha sido fielmente preservado por la Iglesia que Él fundó sobre Simón Pedro. Estas son las mismas cosas que San Pedro habló con Cornelio y sus amigos. Lo que hoy entendemos sobre lo que debemos hacer y creer para heredar la vida eterna, lo que ha sido practicado y vivido por todos aquellos que nos han precedido en la fe, se remonta de generación en generación hasta Jesús.

Así que, en cierto sentido, no hay nada nuevo aquí. No hay nada nuevo en esta Pascua, y sin embargo, cada Pascua es siempre nueva. Esto se debe a que cada Pascua celebra nuestra nueva vida en Cristo. Cada Pascua celebra no sólo la resurrección de Cristo, sino también esa nueva vida en Cristo que todos recibimos en nuestro bautismo, esa nueva vida que se sustenta y nutre en la Sagrada Eucaristía.

Hoy tenemos ante nosotros a nuestro Rey victorioso que ha triunfado sobre el pecado, Satanás y la muerte. La victoria de Cristo, a su vez, nos ha liberado de la condenación eterna. Su victoria ha hecho posible que todos los que creen en Él se conviertan en hijos e hijas del Dios Altísimo.

Además de nuestra fe compartida, inspirada por la Resurrección de Cristo, también compartimos una esperanza. Por eso, la resurrección de Cristo nos inspira la confianza de que todo lo que Jesús enseñó es verdad. Él prometió que Él prepararía un lugar para nosotros donde él ha ido (el cielo). Dio a sus apóstoles la autoridad para perdonar pecados y dijo que a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados. Prometió que el pan y el vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre en la consagración de la Santa Misa.

Finalmente, y lo más importante, además de nuestra fe y esperanza compartidas, compartimos un amor: amor a Dios y amor mutuo. Este doble amor es lo que nos ha traído aquí hoy. Es nuestra respuesta a Dios, quien nos ama más de lo que jamás podríamos imaginar.

En su Santo Evangelio, San Juan nos recuerda que Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que el mundo se salvara por medio de Él. Nos recuerda que tanto amó Dios al mundo, a pesar de nuestros defectos, pecados y debilidades, que sacrificó a su Hijo para salvarnos. El sufrimiento y la muerte de nuestro Señor en la cruz son prueba irrefutable de este amor que Dios nos tiene. De hecho, solo los corazones más ingratos y endurecidos pueden permanecer impasibles e indiferentes a este amor.

Desde que Adán y Eva pecaron, la humanidad ha estado a la deriva. Éramos incapaces de poseer aquello para lo que fuimos creados, es decir, Dios, pero Jesús nos reconecta con el

Padre. De hecho, Jesús vino a restaurar el amor. Vino para restablecer la conexión entre Dios y el hombre. Para reunirnos con aquel que es el amor mismo.

Hizo posible que volviéramos a ser uno con Dios. Restauró el amor en el mundo, y por eso podemos decir que Jesús nos une. Somos uno en nuestra fe en Cristo Jesús, y por eso celebramos la Pascua. La resurrección de Cristo nos reconectó con Dios y da sentido a nuestras vidas.

Permítanme una última aclaración. El amor no es verdadero amor si no trasciende a uno mismo y se extiende al otro, y eso es precisamente lo que hizo Jesús. Nos tendió la mano y nos reconectó con el Padre y con todo lo bueno, pero el amor de Cristo también debe derramarse a través de nosotros hacia los demás.

Así pues, al celebrar la Pascua una vez más, al reunirnos en nuestra fe compartida en la Resurrección, al reconectarnos con familiares y amigos, recordemos también compartir lo que nos une con quienes aún no han oído la buena noticia. Al igual que Cornelio, hoy muchos buscan el amor de Dios. Así que, como hizo San Pedro, debemos llevar la buena noticia de la Resurrección de nuestro Señor a aquellos que buscan este amor. Amén.